

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO  
CONCERTADO

FRANQUEO  
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

*'Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.'*

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.

## DE OPORTUNIDAD (1)

siempre, porque los malvados no cesan en su campaña de calumniar por cualquier procedimiento.

D. Pablo.—(Alargando un periódico a D. Corsino). Vea usted lo que dice este periódico de la Corte hablando de atrocidades descubiertas en un Asilo clerical, no de allá lejos del extranjero, donde la comprobación sería difícil, sino de aquí mismo, de nuestro pueblo, donde a mí poco trabajo me ha costado enterarme de la verdad del asunto. ¡Si cuando yo digo que estos periódicos nos la están dando con queso!...

D. Corsino.—(Sentándose con mucha cachaza). Leamos esa noticia estupenda, quizás el último y definitivo golpe de muerte (irónico) para el catolicismo, que hace veinte siglos le están matando y cada vez vive más pujante. (Lee). «Horribles tiranías en un convento de Monjas.— Pueblo indignado.— Rotura de cristales.— Piden el castigo de las culpables.— Policía impotente.

Los títulos son llamativos. Carne clerical a todo pasto; no se quejará la plebe. (Lee). «Ayer, al saberse de público los malos tratamientos que las monjas del Asilo de X... daban a sus asilados valiéndose de la mojigatería del pietismo con que tan regaladamente viven esas vagas del crucifijo, el pueblo, indignado, el honrado pueblo que ya sacudió el yugo del fanatismo religioso para ser libre y civilizado, rodeó el edificio-antro, apedreándolo hasta no dejar ni un cristal sano; bien vino para purificar aquella atmósfera jesuítica en la que se ahogaban pobres retenidos. El grito unánime era: «¡que castiguen a las monjas, que las expulsen!» La policía, numerosa, era impotente para

contener el tumulto. Los ánimos siguen excitadísimos. Seguiré comunicando noticias de este suceso, que promete dar juego.— El Corresponsal». (Hablando). ¡Demonio, y yo que vivo en este pueblo y no me enteré de nada!

D. Pablo.—Pues yo quise enterarme de todo minuciosamente para proceder en consecuencia, o lo que es lo mismo, para hacer que la verdad brillara allí donde un sinvergüenza de corresponsal la dejó manchada con su asquerosa baba.

D. Corsino.—¿Y qué averiguó usted? Una infame calumnia, ¿verdad?

D. Pablo.—Sí, señor, una infame calumnia. (Indignado). ¡Quién me diera conocer al majadero que eso escribió, para hacerle comer el periódico entero, si para comer necesita llegar a tal grado de vileza!

D. Corsino.—Estos corresponsales que, por un puñado de monedas, infaman a su propia madre, abundan en los periódicos de la cuerda liberal, a los que usted, a pesar de todo ello, se obstina en proteger con su suscripción. (Deja con desprecio el periódico sobre la mesa).

D. Pablo.—Le diré a usted. (Un poco confundido). Este caso colmó la medida. Escuche y pásmese. Leído este infundio, que es un infundio en toda la extensión de la palabra, me dirigí al lugar del suceso, no al mismo convento de las monjas, cuya información no habría de satisfacerme, sino a un vecino de toda mi confianza para estas cosas por su honradez y desinteresado juicio. ¿Qué pasó, le pregunté, en ese convento hará unos cinco días?

—¿Cómo que qué pasó?... No le entiendo, me responde el aludido.

—Lea usted esto, le dije, y le enseñé ese mismo periódico que usted vió ahora. Se quedó haciendo cruces. ¡Que las Hermanitas tratan mal a los asilados!... ¡Que nosotros nos amotinamos y tiramos piedras al Asilo!... ¡Que hemos pedido que las expulsen!... ¡Cuánta mentira infame! Las hermanitas son muy buenas y muy caritativas, siguió diciendo; por aquí no hay nadie que las quiera mal, ni buenos ni malos.

Pasaba a la sazón por nuestro lado un anciano con un cesto al brazo, y dirigiéndose a él mi interpelado, le dijo:

—Oye, Pinín, ¿cómo os tratan las monjas? Desea saberlo este señor.

—¡Ah, mucho bien, mucho bien! ¡Son unas santas! Cuando yo vivía con mi familia no estaba tan bien cuidado. Si no fueran ellas, ¡pobre de mí!

No obstante, empezaron a entrarme sospechas de algo en el momento que ví unos cristales rotos en las ventanas altas del convento.—¿Y eso?, le dije a mi interpelado.

—¿Eso? Pues unos cuantos pilletes que anduvieron hace días por aquí en pedrea. ¡Buena carrera les metió en el cuerpo el municipal del distrito!

—¿Y no hubo más?

—Nada más.

Del mismo modo que éste, me informaron otros de por allí, a quienes pregunté para mejor afianzarme en mi investigación.

Ahora ya sabe usted cuál es el pueblo honrado que cita este papelucho: cuatro pilletes; y la numerosa policía que no pudo contenerles y por qué fueron rotos los cristales...

D. Corsino.—¡Ja, ja, ja!

D. Pablo.—Hoy mismo voy a escribirle al director de este periódico para que rectifique la noticia y...

D. Corsino.—No se moleste usted en ello.

D. Pablo.—¿Por qué?

D. Corsino.—Porque esos periódicos no rectifican nunca tales noticias. Sería estropearles su labor de destrucción.

D. Pablo.—¡Malditos papeluchos; os abomino para siempre! (Arrojando el periódico al suelo y pisándolo.)

J. O. F.

## Una Catequista en la puerta del Cielo

Después de un rato de santa y animada plática con el Divino Maestro Pedro abrió una de las ventanitas que había hecho construir para mirar hacia la tierra.

De pronto vió que subía un alma, acompañada de varios ángeles buenos que sostenían animada discusión con dos demonios.

—Mira, Maestro, díjole San Pedro. Allá viene un alma cuya suerte parecen debatir con acaloramamiento los ángeles y los espíritus malignos.

El Señor asomó su divino rostro. Al

(1) Se da el caso, elocuentísimo, en estas campañas de difamación contra los religiosos, promovidas por corazones pervertidos y perversos, que los que más fácilmente las toman por verdad y los que con más ardor las pregonan y propagan, son aquellos que tienen bastante por qué callar: hacen como que se horrorizan y execran el mal propagado, pero sintiendo en su alma negra que el mal fuese rotundamente desmentido porque así son menos a acompañarlos en sus caminos de perdición. Yo mismo he visto escandalizarse exageradamente ante uno de estos infundios de todos los tiempos (es la eterna lucha del malo contra el bueno) a un honorable señor que estuvo en presidio por faltas vergonzosas... no se puede decir más.

Y así siempre, ¡siempre!

brillo de sus ojos un relámpago de luz y de alegría iluminó toda la tierra.

—Cierto, dijo el Señor. Mas a pesar de lo que argumentan los demonios, el alma viene con sereno rostro. Tal vez confía en alguna obra de especial merecimiento.

—Así debe ser, Maestro, replicó el discípulo.

—Ve abriendo la puerta, Pedro, que no tardará.

Efectivamente, el alma llegó a los pocos momentos.

Aunque en el rostro del Señor nada había de espanto ni terrible, sin embargo un súbito temor se apoderó de ella en presencia de su juez. Toda confundida se arrojó a los pies del Salvador, y sólo pudo balbucir estas palabras:

—¡Señor, misericordia!

San Pedro se acercó y la levantó de su desmayo.

—Ten ánimo le dijo, y apréstate a defenderte de los cargos que el demonio haga contra ti. Vamos a examinar tus obras, y es preciso que la medida de las buenas obras sobrepuje a las malas.

—Te engañas, Pedro, replicó Satanás. Muchos y más graves son los cargos que tenemos contra esta alma, y muy poco lo que puede alegar en su favor; la contamos por nuestra.

—Señor, sollozó el alma postrándose nuevamente ante su juez, sólo confío en tu gran misericordia.

—¿Y qué méritos, díjole Pedro, tienes para contrarrestar esas acusaciones del demonio?

—Sólo con uno cuento, repuso el alma; pero ese sólo me llena de confianza. Fuí catequista en la tierra y tuve siempre grande amor por la instrucción religiosa de tus parvulitos.

—Bien decías, dijo San Pedro al Señor, que ésta alma parecía confiar en una obra de especial merecimiento.

—Pero es el caso, arguyó el demonio, que fué siempre lengüirrotta y charlatana; muchas veces denigró a su prójimo, y no perdía ocasión de estar mezclada en el bullicio del mundo.

—Cierto, Señor, replicó el alma; pero muchas también en medio del fatigoso bullicio que formaban los chicuelos, sólo abrí mis labios para enseñarles tu santa ley.

—Era muy orgullosa y vana, añadió el acusador.

—Señor, no puedo negarlo; pero con frecuencia me senté con gusto al lado de tus niños mugrientos y haraposos.

—Muchas veces se mostró también sensual e inmortificada.

—Juez supremo de mis actos, sollozó el alma, no puedo encubrir lo que tus ojos ven con toda claridad; pero muchos domingos en que hubiera podido ir a caza de diversiones, o al menos permanecer tranquila en el hogar, iba al catecismo, olvidando lo ingrato de la tarea y lo caluroso y áspero del día.

—Igualmente la acuso de que fué poco devota y despreció muchas gracias.

—Señor, mentirosa fuera si mis labios negaran lo que mi corazón debe

con suspiros confesar. Pero cuando yo concurría al catecismo, lo hacía por Ti, lo hacía con amor, pensando en no verte con las manos vacías; lo hacía meditando que si Tú no dejabas sin recompensa un vaso de agua que se dé en tu Nombre, no podrías tampoco dejar sin ella a quien enseñó a amar y reverenciar ese mismo Nombre.

—¡Bien te defiendes!, exclamó San Pedro. Si tal enseñabas el catecismo, a la verdad que no lo hacías mal.

—Pero falta lo de más peso, agregó Satanás. En alguna ocasión...

—Ah, Señor, interrumpió el alma, no permitas que siga... Yo te pedí perdón por esa falta, y la acusé a tu ministro.

—Más, arguyó el demonio, agotando el último recurso, su arrepentimiento fué de meras palabras.

—Señor, Tú lo sabes todo, invoco tu palabra. Tú has dicho que la tierra y los cielos pasarían; pero tu palabra no pasaría. Tú ofreciste por tu profeta que los que enseñan a otro el camino de la justicia brillarían en el cielo por perpetuas eternidades. Tú aseguraste que lo que se hiciera con alguno de tus pequeños contigo se haría. Confiaba en tu palabra, fuí constante en enseñar el catecismo a tus parvulitos. Sé que no faltarás a ella, ni me abandonarás en este trance.

—Alma cristiana, dijo el divino Juez, debes tener confianza. Verdad es que pecaste; pero pediste y alcanzaste el perdón ejercitándote en un oficio que me es en extremo grato. Pedro, déjala entrar en el reino de mi gloria.

Muy bien, dijo San Pedro, cerrando detrás del alma la puerta de los cielos, no podía ser de otra manera.

Y hubo fiesta y regocijos en el cielo, mientras los diablos se alejaban mohíños y silenciosos.

J. RAFAEL FARIA.

## ¡NIÑOS!:

Es frecuente en la vida encontrarse con personas que dicen: «yo hasta los doce años, hasta los quince años, asistí a una escuela católica y confesaba y comulgaba todos los domingos, y en doctrina me tengo ganado muchos premios, pero después... leí mucho... mucho de todo y ya no creo, no tengo aquella fe de entonces y por lo mismo ni confieso, ni comulgo, ni voy a misa...»

No os voy a decir que todos los que así se expresan son malos, muy malos, unos perdidos ¡no!, bastantes de éstos son en todo lo demás unos bonachones con su familia, con sus amigos, con sus compañeros de trabajo, con todos menos con Dios a quien tanto deben y que nada malo les hizo nunca para ser así correspondido en olvido e ingratitud.

Y en esta situación de atonía espiritual, terrible para el alma, se pasan la vida y se les acerca la muerte que los transporta luego ante el Justo Juez, donde ya no es posible deshacer el engaño sino caer en los rigores de su eterna Justicia. ¡Infelices!

Puede que muchos de vosotros, hoy dichosos, disfrutando de la buena enseñanza, de esas horas, como ninguna, felices, que da la fe y sus prácticas, lleguéis a caer en esta triste situación que acabamos de lamentar, mas terrible que otra alguna, porque sin ver palpables sus estragos, precipita en los infiernos tantas almas que aquí se creían buenas y no lo eran porque se atrevieron a romper con sus deberes para con Dios que nos hizo para El y solo para El. ¿La causa?

—Ya os la dije antes, queridos niños, las malas lecturas, un periódico burlador de la religión, una novela pornográfica, el cine y el teatro con sus falseamientos del lícito y honesto recreo. ¡Esa es la causa!

Se empieza por curiosidad tomando lo que daña, se sigue luego por costumbre, después por afición y últimamente por convencimiento y, salvo la misericordia de Dios con quien haya de merecerla, ya el alma va rápida a su eterna perdición, víctima de ese afán en saberlo todo: la ciencia del bien y del mal, curiosidad que perdió a nuestros primeros padres.

Si no quereis arruinaros así, estais a tiempo, huid de tales causas. No os pesará jamás. No se es verdaderamente feliz más que en la Verdad Católica. De modo, queridos niños, que siempre como si estuvierais en la escuela, amando y practicando lo que manda y enseña nuestra sacrosanta Religión, que esto es el fin esencial de la educación e instrucción.



*En el próximo número irá algo más, dedicado a vosotros que no pudo ir en este. ¡Es tan poco papel!*

## Panegírico del Trompis

—Me hincharé como un sapo  
—el vate ruge—y cantaré al sopapo.  
Vengan los pusilánimes  
y, si no aplauden lo que digo, unánimes,  
les pondré como un trapo.

A ver, ¿quién es el guapo  
que se anima a negar lo que insinúo?  
¿Callan todos? Entonces continúo.  
¿Hay algo superior a la trompada  
artística y estética,  
histórica y profética?  
No, señores, no hay nada.

Un puño convincente  
es el orgullo de la edad presente.  
Deshace una mejilla  
y, encantadoramente,  
convierte las narices en papilla.

Si os desmayais, después de un breve lapso,  
saldréis con alegría del colapso,  
mientras acaba un dibujante el croquis  
del admirable zoquis.

¡Varonil ejercicio  
que nos libra del vicio,  
el espíritu eleva  
y nos pone la cara como nueva!

¡Sublime sacrificio  
en que van a perderse a centenares  
incisivos, caninos y molares!  
¡Oh! La magulladura  
tiene también su gracia y su hermosura.

¡Vivan las erosiones!  
¡Vivan los moretones!  
Y, ¡viva el puñetazo  
que nos disloca el brazo  
y nos deja sin bazo y sin riñones!  
¡Púgil! ¡Sagrado púgil que nos pones  
la cabeza en estado de mucilago!

¡Púgil sano y honesto,  
por tí me hallo dispuesto  
a perder hasta el último cartilago!

Un concilio ecuménico  
va a decretar mañana  
que el trompis es higiénico.  
¡triumfo sublime de la ciencia humana!

Las mujeres se pueden dar pellizcos  
o, a lo sumo, arañarse;  
pero los hombres deben dedicarse  
al box. ¡Al box, para dejarnos bizcos  
de admiración! ¿A quién no le entusiasma  
ver a un tipo que ayer era muy fuerte  
y que hoy tiene la suerte  
de verse reducido a protoplasma?

Solamente un pazguato  
podrá decir que es feo el pugilato  
¿Ignoráis que hasta el pez llamado múgil  
vence y se impone al transformarse en púgil?

El sopapo científico hoy en día  
llevará a los hogares la alegría.

Seremos vigorosos,  
nobles y generosos.  
Y la melancolía  
y el triste pesimismo

cederán ante el sabio pugilismo.

Quien tema por su cutis  
que se vaya a otro lado y haga mutis.

¿Qué más queréis que agregue?  
En éxtasis, cual yo, y en dulce arrobo  
decid que el box es lo mejor del globo.  
Y dadle un castañazo al que lo niegue.

LUIS GARCIA

## Una lección

—Pues verás, Luciano, el origen de  
mi gran amistad con esta honradísima  
familia de pescadores.

Hace de esto veinte años. Tenía yo  
entonces diez y fui con mis padres á  
Vellewille á pasar el verano.

Allí trabé relaciones de amistad con  
cuatro ó seis chicos de mi edad, en  
unión de los cuales pasaba casi todo el  
día en la playa, haciendo con mis ca-  
maradas todo género de travesuras.

Un día, durante la marea baja, des-

cubrimos sobre una roca varios aparatos  
de pescador y un depósito de pe-  
ces, especie de estanque de agua sala-  
da.

—¡Libertemos á estos prisioneros!—  
exclamó uno de los chicos, que es hoy  
un notario respetable.

—Sí, sí—contestamos todos á coro.

Y acto continuo arrojamos al mar á  
los pobres cautivos.

Pero no fué esto sólo. También des-  
truimos objetos que allí encontramos,  
con lo cual dimos al traste con la in-  
dustria de un infeliz á quien no cono-  
cíamos.

De pronto oímos un grito que partía  
del camino que conduce á la playa, y  
volvimos la cabeza. Era el pescador,  
que, sin duda, había presenciado nues-  
tra endemoniada travesura. El «sálve-  
se el que pueda», fué general.

Yo fui á refugiarme en una de las  
pocas barracas de baños que á la sazón  
había en aquel sitio, y cerré la puerta  
apenas hube entrado en mi escondrijo.

Nuestra víctima, que estaba todavía  
muy atrás, no había podido verme.

Por las rendijas de la barraca me  
fué dado conocerle. Era el pescador  
Mauricio Caen, muy respetado y que-  
rido por toda la población, que le ve-  
neraba como si fuera un patriarca de  
la antigüedad.

—¡Pobre anciano!—murmuré al ver-  
le, como arrepentido de la villana ac-  
ción en que figuraba yo como cómpli-  
ce.

Y mi remordimiento se acrecentó en  
el instante en que Mauricio se dió cuen-  
ta del terrible desastre. El dolor de  
aquel infeliz causaba verdadera lásti-  
ma.

Sin embargo, no tenía yo más reme-  
dio que emprender la fuga; pero cuan-

do fui á abrir la puerta oí ruido de pa-  
sos junto á la barraca.

No había de salir sin ser visto.

—¿Qué es eso, Mauricio? ¿Qué le ha  
pasado á V.?—preguntó el desconoci-  
do.

—¡Oh terror! ¡Aquella voz era la de  
mi padre!

—Figúrate—Luciano—lo espantoso  
de mi situación.

—Unos muchachos—contestó el pes-  
cador—me han destruído todo cuanto  
poseía para mi industria.

—¿Y esos chicos son del país?

—No todos, pues también han toma-  
do parte en la infamia otros muchachos  
forasteros. Su hijo de usted era uno de  
ellos; yo le he visto.

—En ese caso—dijo el autor de mis  
días—yo me encargo de indemnizar á  
V. cumplidamente de los perjuicios su-  
fridos. ¿En cuanto estima V. los daños  
ocasionados?

—Por lo menos en unos veinte fran-  
cos.

—¡Ahí los tiene V.—dijo mi padre  
dándole la cantidad indicada.

—Esto sería injusto—contestó Mau-  
ricio, negándose á admitir los veinte  
francos.—Cada cual debe pagar lo que  
le corresponde, según dice el juez de  
paz.

—Pues toma cinco francos por la  
parte que me corresponde.

—Corriente, no reclamo más que lo  
que es debido.

Y los demás se alejaron amistosamente.

No me atreví á volver á casa hasta  
la hora de comer.

Mi padre me esperaba en el jardín, y  
al verme me dijo:

—Luciano, vas á ser franco conmigo.  
He sabido que has hecho una diablura  
imperdonable en la playa, coadyuvan-

## Folleton de RELIGION Y PATRIA

(5)

### EL HIJO DEL REY

No siempre era el niño igualmente dócil y  
estudioso, y un día su madre lo castigó, qui-  
tándole su perro Mouplet, que el labrador  
de la floresta le había venido a traer a pala-  
cio. Después de sus padres y sus flores, Mou-  
plet era lo más querido de Luis. El perro fué  
encerrado en un gabinete de donde el Delfin  
podía oirlo, pero no verlo; privación que pa-  
recía igualmente penosa para ambos, por-  
que el perro no cesaba de ladrar y de gol-  
pear a la puerta. El Príncipe no pudo con-  
tenerse, y lleno de compasión corrió a bus-  
car a la Reina llorando y gritando:

—Mamá, el pobre Mouplet sufre mucho, y  
yo soy el que merezco el castigo. Si quieres  
soltarlo, yo me quedaré en su lugar hasta  
que tú quieras.

Y el perro fué puesto en libertad; y el ni-  
ño permaneció a oscuras, encerrado en el  
gabinete tanto tiempo cuanto juzgó prudente  
la Reina.

Como la mayor parte de los niños de su  
edad, no siempre Luis aplicaba a propósito  
las máximas que oía; y en una ocasión que  
saltaba de contento por las callejuelas del  
jardín, quiso echarse sobre un rosal florido.

—¡Cuidado, cuidado!—le gritó la Reina.

—Mira que te puedes hacer daño.

—Pero, querida mamá—respondió Luis;

—los caminos espinosos conducen a la glo-  
ria.

—Esa es una bella máxima que no com-  
prendes ni sabes aplicar. ¿Qué gloria puede  
haber en sacarte los ojos o lastimarte la ca-  
ra, por el simple capricho de saltar un ro-  
sal? En esto no hay gloria, hijo mío, sino  
imprudencia. No hables de gloria mientras  
no leas la historia de los héroes que han sa-  
crificado generosamente su vida y su fortu-  
na por la salvación de su patria y el bien  
de sus semejantes.

Otra vez el aya de Luis, asustada de verlo  
correr con toda la velocidad de sus piernas,  
dijo a la Reina:

—Señora, el niño va a caer sin remedio.

—Que aprenda a caer—replicó María An-  
tonieta.

—Pero puede hacerse algún daño.

—Es bueno que aprenda a sufrir—contes-  
tó la Reina, que a pesar de su ternura no  
quería que su hijo fuera afeminado y co-  
barde.

#### IV

En 1789 estalló la revolución que llenó  
de alarma a la familia Real. Luis XVI tuvo  
que expiar las faltas de sus predecesores; y  
otra de sus desgracias fué verse rodeado de  
consejeros ineptos y abandonado de los  
hombres cuyo deber era el de estrecharse al  
rededor del trono en los momentos de peli-  
gro.

Cuando la agitación popular tomó serias  
proporciones el Rey creyó prudente mos-

trarse al pueblo en el Hotel de Ville, y cuan-  
do el soberano recibió la escarapela tricolor  
de manos del mayordomo de palacio, un  
grito unánime de «Viva el Rey» resonó en-  
tre la multitud. Luis XVI respiró entonces  
libremente: hacía mucho tiempo que no re-  
cibía semejantes demostraciones de afecto.  
La Reina, encerrada con su familia en Ver-  
sailles, hizo llamar entonces a muchas perso-  
nas de la Corte, pero el terror había alejado  
a todo el mundo, un silencio pavoroso rei-  
naba en el palacio como signo de mayores  
conflictos, y nadie se atrevía a esperar la  
vuelta del Rey. Volvió, sin embargo, y fué  
recibido por su familia con las mayores de-  
mostraciones de gozo, y entonces fué cuan-  
do el generoso Rey repitió esa frase que tan-  
to honra a su corazón:

—«Felizmente no ha habido sangre; y juro  
que por orden mía no se derramará jamás  
una gota de sangre francesa.»

No es nuestro ánimo referir de la historia  
de la revolución más que los pormenores re-  
lacionados directamente con la vida del Del-  
fin y sus desgraciados padres.

Después de las tristes jornadas del 5 y 6  
de Octubre la familia Real tuvo que salir  
precipitadamente de Versailles y refugiarse  
en París, en el palacio de las Tullerías; y  
desde este momento puede decirse que co-  
menzó la cautividad de Luis XVI.

Al día siguiente de su llegada a París, se  
alzó un gran clamor en el jardín de las Tu-  
llerías; y asustado el Delfin, corrió a echar-  
se en los brazos de su madre.

do á la destrucción de cuanto poseía el pobre Mauricio Caen.

—Sí señor; es verdad—le contesté.— Estaba oculto en una barraca y he oído la conversación que ha tenido V. con el pescador.

—Pues ahora mismo vas á salir conmigo.

—¿A dónde vamos?

—A casa de Mauricio.

Llegamos á la barraca donde me has visto entrar hace poco, y que está ahora lo mismo que hace veinte años.

En el umbral encontramos á Mauricio, el cual exclamó al vernos:

—¡Vds. por aquí!

—Sí,—contestó mi padre;—vengo á que este pillastre le pida á V. perdón.

—Estas palabras—prosiguió Luciano—me hicieron el efecto de una terrible bofetada.

—¡Yo pedir perdón á ese hombre!—exclamé, sin poder dominar mi indignación.

—Sí, señor; ahora mismo—repuso mi padre—porque has ofendido á un anciano respetable, destruyéndole todo

cuanto poseía para ganarse honradamente la subsistencia. No se compra todo con el dinero. Es preciso una reparación moral, y eso es cuenta tuya... Ahora te toca á tí.

—Pero...  
—Vamos, Luciano, pídele perdón á ese hombre.

—Por Dios—dijo la mujer del pescador—deje V. en paz á esa pobre criatura ¡Si nosotros no nos quejamos de nada!

Semejante rasgo de generosidad fué superior á mi orgullo. Me eché á llorar y me eché al cuello de la mujer de Mauricio, á la que dije sollozando:

—¡Perdón, Ursula, perdón!... Me arrepiento con toda el alma de la infamia que esta mañana he cometido.

—Dí lo mismo á Mauricio—añadió mi padre.

Incliné la cabeza y dije:

—¡Perdón, Mauricio, perdón!  
El anciano me dió un beso en la frente, y me dijo:

—El mejor pez que coja yo mañana será para tí.

Y mi padre, al regresar á casa, murmuró á mi oído estas palabras:

—¡Estoy satisfecho de tí, Luciano! Te has portado como tenía derecho á esperar de la nobleza de tu corazón!

Desde aquel día mi padre y yo fuimos íntimos amigos de Mauricio y de su virtuosa mujer.

(De *El Pilar*.)

Un periódico bueno es más útil y eficaz que seis escuelas; un periódico malo hará más daño que un ciclón.

La igualdad de derechos para propagar una y otra teoría, es una candidez, sólo aceptada en tiempos de decadencia.

EL MARQUES DE ESTELLA

### CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sras. D. P. Madrid.—Pagaron fin Marzo 1928.

Conferencia de S. V. de P.—Infiesto.—Pagó 1927.

Sr. D. J. C.—Madrid.—Id. fin Marzo 1928.

Sra. D. L. G.—Onon.—Fin Agosto 1928.

Imprenta «La Reconquista :: Gijón.

## Joyería, Platería y Relojería DE MELCHOR OSORIO

Recomendamos esta casa por su seriedad y competencia.  
:: Especialidad en relojes de todas clases y marcas ::

Compro alhajas. Pago todo su valor.

Pi y Margall, 13 -:- GIJÓN

### Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)  
GIJÓN

### Colecciones de «RELIGION Y PATRIA» Años 1926 y 27

A 4 pesetas colección.  
Las de años anteriores están agotadas.

### Ferretería Gregorio Alonso (S. A.) Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61  
Almacenes: Premio Real y Molino

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Telegramas y telefonemas:  
GALONSO

Teléfono Detall: 200  
Teléfono Almacén: 383

### Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica.  
— — — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — — —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 148 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

SIDRA CHAMPAGNE

### “ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJÓN

### GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fabrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio  
Fabrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio

### M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230  
- GIJÓN -

### Acebal, Rato y Comp.ª

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28  
— GIJÓN —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.  
Piezas de recambio para las mismas.  
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan.

RAPIDA ENTREGA DE LOS PEDIDOS

### “La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.  
Pídase en las tiendas de comestibles.

### TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

### Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.  
Fundición de bronce y hierro.  
Reparaciones de buques y maquinaria en general.  
Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

### HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia  
Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Se hacen en el día las recetas de los señores

OCULISTAS



Cristales Koh-i-noor (montaña de luz), Zeiss, Woigtländer, etc., etc. Las mejores Marcas del mundo.

Ojos cristal, gran surtido.

### F. VILLAMIL

Martínez Abades, 3 (antes Sta. Lucía) Gijón

### Agustín María Monéo

MEDICINA Y CIRUGIA GENERAL

Especialista en partos y matriz

Rayos X y Electricidad Médica

Consulta de 10 a 1 y de 3 a 6—Gratis a pobres de 6 a 7

Innerarity, 39, esquina a Jovellanos

TELÉFONO, 1097

Avisos de noche por el guardia.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

### Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

### Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Cincuenta años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Corrida, 63. — GIJÓN